

Capítulo inédito de una novela inacabada

Antonio Segado del Olmo

ANTONETE, el caudillo del Cantón. Esta tarde cuando me llegó el periódico mis ojos se humedecieron, tuve que hacer grandes esfuerzos por no llorar. Antonete ha muerto. Antonete ha muerto y yo, durante estos dos días, encerrado en la habitación del hotel, griposo, no me he enterado de nada, no he asistido a su entierro. Si ha habido un corazón noble en el mundo ese ha sido el de Gálvez. Si hubiera escogido el camino de la iglesia (cosa tan absurda de pensar en un masón) habría sido ermitaño, santo. Pero los santos sólo se preocupan por su salvación. Antonete quería conseguir la salvación del mundo, no del otro, sino de éste, por eso la emprendió a puñetazos, a golpe de revolución y generosa locura contra todo el poder constituido. Porque el poder siempre es opresión, siempre.

Dos días encerrado en la habitación, con cielo gris a través de los visillos y Antonete mientras tanto moría ¡qué extraño todo! Sólo me queda el consuelo de haberlo visto hace un par de meses, porque esa era mi necesaria peregrinación, ir a visitarlo, después ya de ocho años sin tener correspondencia suya.

Jamás había estado yo en aquel lugar de la huerta de Murcia, y di con el caballo vueltas y vueltas por aquellas sendas. De pronto observé la figura de un viejo con sombrero de paja inclinado sobre un bancal, cuando ya le iba a preguntar si era por allí la vivienda de Antonete, se irguió aquella figura y era él, Antonete con una barba blanca, patriarcal, tan distinta a aquella barba cuidada y apenas grisácea de nuestro tiempo. Me reconoció, me reconoció incluso antes que yo a él y no aparentó sorpresa. Fue como si tan sólo hiciera uno o dos días que nos acabáramos de ver.

Tardó en invitarme a entrar a la casa, y

mientras tanto, me estuvo hablando del agua, incaba una caña pequeña en el bancal y luego se la llevaba a los labios, por la humedad o sequedad, sabía cuánto tiempo podrían aguantar hasta el próximo riego, para el que aún faltaban varios días. «El agua es siempre la preocupación», me dijo. Nos sentamos luego en esa amplia estancia de las casas hortelanas, junto a la chimenea que ya estaba encendida, y de pronto, lanzándome aquella mirada suya, tan recordada de otros tiempos, entre severa y comprensiva me dijo:

—¿Te has casado?

Tardé en responderle o más bien creo que no le respondí, que con la expresión que reflejaba mi cara ya era suficiente para adivinar mi respuesta, por eso él continuó:

—Has hecho mal. La soledad no es buena para nadie y el hombre que no deja hijos nunca se sentirá completo.

Sobre el vaso habían unas lamparillas encendidas que iluminaban zimbreadas dos fotografías. Una era la de Dolores su mujer, la otra la de su hijo Enrique. Era aquél como un pequeño, íntimo altar de las dos grandes ausencias de don Antonio. A Enrique yo lo recordaba generoso, de mirada limpia, valiente hasta el disparate, pero sin la astucia a veces recelosa de su padre. Fuimos buenos amigos durante el Cantón.

Pero yo era precisamente sobre ese tiempo sobre el que quería hablar con él y Antonete no es que se negaba, es que ahora ya parecía no importarle. Me hablaba por el contrario de la guerra. Las quintas siguen. Criaturas, «zagales» decía él, de allí, vecinos suyos, estaban ahora en Cuba.

«La revolución siempre, siempre estará por hacer», me dijo y luego volvió a hablarme del agua, de las tandas de riego. Ahora estos días ha llovido, cuando Antonete ya no está.